

do del terreno, se imaginó que íbamos á replegar nuestra izquierda sobre nuestro centro, y nuestro centro sobre nuestra izquierda; lo que creía ver sólo le sugirió la idea de dirigir el noveno cuerpo desde Cordenóns sobre Fontana Fredda para impedirnos el movimiento que suponía íbamos á ejecutar, dejó desguarnecida la distancia que media de Cordenóns á Pordenone, y no manifestó el menor cuidado por la suerte de su octavo cuerpo, que se las había con los generales Seras y Severoli en el terreno cortado que había entre Tamai, Palsa y Porcia.

Allí fué donde tuvo lugar entre soldados de extrema valentía, dirigidos por dos generales en jefe poco previsores, una encarnizada y sangrienta lucha. El octavo cuerpo austriaco, como más numeroso que las divisiones de Seras y Severoli, no trataba de abandonarles aquel terreno de que habían ya conquistado una parte. Cayó sobre ellas el general Colloredo con una división austriaca, quitóles á Porcia y á Palsa arrojando un fuego mortífero, y restableció el combate. El general Seras que se había proporcionado una reserva, se puso al frente de ella, la llevó hacia delante y recuperó los pueblos perdidos posesionando de ellos á los franceses y á los italianos juntamente. Establecieronse éstos en aquellos malhadados pueblos, teatro de tantos furios: entonces los austriacos, aprovechando toda clase de obstáculos y defendiéndose de casa en casa y de cerca en cerca, opusieron á nuestros soldados una resistencia de que no se habían mostrado capaces después de la jornada de Marengo. El general Grenier, condeado á la inacción en la carretera de Fontana Fredda á Pordenone, destacó dos batallones á su derecha para coadyuvar á la toma definitiva de Porcia. El general Barbou envió otros dos de la retaguardia á los mismos puntos.

Estos refuerzos compensaban sin duda alguna la inferioridad de nuestra derecha con respecto al octavo cuerpo con el cual tenía que pelear; pero en aquel terreno lleno de obstáculos, que era tan difícil perder como conquistar, no decidían cosa alguna permaneciendo inmóviles nuestra izquierda y nuestro centro. Peleábase con grande encarnizamiento por ambas partes, cuando el noveno cuerpo, avanzando oblicuamente desde Cordenóns sobre Fontana Fredda, se incorporó con la división de Broussier que formaba nuestra izquierda. El valiente general Broussier había dispuesto en escalones los soberbios regimientos 9, 84 y 92 de línea, de cuatro batallones cada uno de que su división se componía: esperó sereno á la infantería enemiga, y recibíendola cuando la tenía ya encima con una descarga certera, le inutilizó casi toda una línea; la arrogante caballería austriaca sacó partido de la llanura para darle una carga, pero la recibió formado en cuadro, cubrió la tierra de jinetes muertos, y á pesar de su desnudo la ahuyentó escarmentada de semejantes tentativas. El noveno cuerpo sin embargo, muy numeroso, podía envolver á nuestra izquierda, y parecía amenazar á espaldas de Fontana Fredda á la aldea de Sacila donde estaba el puente principal sobre Livenza. Ocupado este punto, quedaba nuestra principal comunicación comprometida, y para una retirada no teníamos más que algunos malos puentes en la parte inferior del Livenza. El príncipe Eugenio, que no tenía resolución

sino en la refriega, temió perder sus comunicaciones, y á pesar de que la lucha se presentaba todavía incierta, dispuso la retirada con tan poco motivo como cuando había mandado presentar batalla.

Nuestros soldados, después de causar al enemigo tanto destrozo como ellos habían sufrido, se retiraron hacia el Livenza apesarados de la vergonzosa acción que se les mandaba hacer. Nuestra derecha se encaminó por el puente de Brugnera, al cual llegó sin desorden por no prestarse á una persecución el terreno, sumamente agrio por aquel lado, y por estar los austriacos cansados de la terrible lucha que habían sostenido. Todos los esfuerzos del enemigo durante este movimiento retrógrado se dirigieron contra nuestra izquierda, la cual se iba retirando por un terreno descubierto; pero la división de Broussier, que unas veces esperaba á la infantería enemiga para recibirla luego con descargas á quemarropa y recibía otras en cuadro á la caballería, á la cual servía de muro con sus bayonetas, salvó al ejército con su denodado continente. Cuando nuestro centro y nuestra retaguardia acabaron de desfilarse por Sacila, ella fué la última que entró en aquella aldea, dejando á sus mismos enemigos llenos de admiración con su brillante conducta.

Hasta entonces no habíamos perdido más que muertos, heridos, artillería desmontada y algunos prisioneros; pero creyendo por la noche el príncipe Eugenio que debía continuar la retirada hasta Conegliano para ampararse cuanto antes con el Piave, el mal tiempo, el atascamiento de los carros de artillería y bagajes y su continuo cruzarse con las tropas, dieron lugar á un desorden lastimoso. Los soldados, mal vigilados por sus jefes en aquella confusión, dieron en desparramarse por los caseríos con riesgo de caer prisioneros, de modo que el ejército que había ya perdido en el campo de batalla más de tres mil hombres, que era con corta diferencia lo que habían perdido los austriacos, se disminuyó en otros tres mil entre soldados capturados y perdidos. Aumentó en breve el desorden de resultados de un terrible temporal que hizo salir de madre los ríos y dejó intransitables todos los caminos, y aquel ejército de Italia, en otro tiempo tan rozagante, llegó al Piave presentando el cuadro más aflictivo y bochornoso. Por fortuna los austriacos, poco acostumbrados á ser los vencedores, impacientes por gozar de la victoria y detenidos también por el tiempo, que hacía su persecución tan difícil como nuestra retirada, estuvieron varios días sin atacar al príncipe Eugenio, dándole lugar para reponerse de su derrota y contener sus malas consecuencias.

Habíasele incorporado en el camino, aunque demasiado tarde, la división de infantería de Lamarque y la de caballería de Grouchy. Salíóle al encuentro además el ilustre general Macdonald, que era uno de los capitanes más aventajados de la revolución, sin embargo de que hubiese perdido la batalla del Trebbia: apoyo que valía más que cualquier refuerzo. Su intimidad con Moreau había condeado á Macdonald á vivir muchos años en una especie de obscuridad y de desgracia y á consumirse en la inacción, mientras que sus compañeros de edad ó de carrera y algunos que habían sido sus subalternos obtenían todos los favores de la fortuna. La gran necesidad que había de buenos generales y oficiales de resultados de guerras tan continuadas, hacía indispensable

buscar ahora á muchos que estaban como arrinconados; no quería Napoleón enviar á Italia á Massena por temor de dejar reducido al príncipe Eugenio á un papel secundario, y en este conflicto accedió á que se enviase al general Macdonald para que le sirviese de arrimo y le ilustrase con su consejo. Macdonald, que era uno de los hombres más intrépidos que habían producido nuestros ejércitos y que á esta cualidad reunía una grande experiencia, la estrategia, la serenidad y el carácter, fué recibido con alegría por los soldados y con disgusto por algunos generales que veían con pesadumbre una mano de hierro que iba á pesar sobre ellos y que temían además que estando él en desgracia no les resultase recomendación alguna de guerrear bajo sus órdenes. Fué uno de éstos el general Lamarque, que ya era señalado en el ejército como hombre descontentadizo, y murmuró paladinamente diciendo que el emperador sólo enviaba á Macdonald á Italia para perderle, y que todos los que sirviesen bajo sus órdenes estarían expuestos á lo mismo. Hasta el mismo traje militar del general Macdonald, que había permanecido fiel á la usanza de los primeros tiempos de la revolución, fué motivo de impertinentes burlas de parte de los oficiales jóvenes á quienes habían empezado ya á tiranizar las modas. Pero no había que gastar burlas con un hombre como aquél, de tanto carácter, y muy pronto hizo entrar en su deber á los que habían cometido la ligereza de olvidarlo. Sin embargo, no queriendo el príncipe Eugenio constituirse en una tutela demasiado visible, se abstuvo de hacer á Macdonald jefe de su estado mayor, y se contentó para darle un empleo decoroso con distribuir su ejército en tres comandancias, una de la izquierda, otra del centro y otra de la derecha. La de la derecha, que era la más considerable é importante de las tres, compuesta de las divisiones de Broussier y Lamarque y de los dragones de Pully, fué puesta bajo el mando del general Macdonald. La del centro se confió al general Grenier: comprendía la misma división de Grenier, que pasó bajo el mando del general Patchod, y la división de Durutte, que contenía parte de la división de Barbou; los restos de esta última división habían sido destinados de guarnición á Venecia. La comandancia de la izquierda fué confiada al general Baraguey-d'Hilliers; componíase de los italianos y de unos cuantos franceses entremezclados con ellos para servirles de ejemplo. Formóse el príncipe Eugenio una reserva de diez mil hombres con la división de Seras, la guardia italiana y los dragones de Grouchy. La fuerza total de su ejército ascendió á sesenta mil hombres, reuniendo sólo el general Macdonald diez y siete mil, con lo que podía ya ejercer una verdadera influencia en los acontecimientos, aunque sin esperanza alguna de reasumir el mando en jefe. Pero el príncipe Eugenio, que era tan modesto como juicioso, no dejó de consultarle en todas las ocasiones arduas, y verdaderamente no tuvo que arrepentirse jamás de sus consejos (1). El general Macdonald hizo triunfar la resolución de irse retirando lentamente con dirección al Adige,

(1) Al referir estos pormenores nos apoyamos en documentos auténticos, seguros de su rigurosa veracidad. La correspondencia del príncipe Eugenio, la de Napoleón y las preciosas memorias manuscritas del mariscal Macdonald, revelan de una manera más circunstanciada todavía todo lo que aquí refiero de la campaña de Italia en 1809. (N. del A.)

donde había de encontrarse una línea favorable para volver á tomar la ofensiva, y de verificar esta retirada con toda disciplina. Ganóse, en efecto, el Adige, se descansó allí, volvieron á ordenarse las huestes, y en breve se mostraron más dignas del ejército de Italia, cuyo glorioso nombre habían momentáneamente comprometido.

Llevaban los acontecimientos peor camino todavía en la región montuosa que domina los llanos de la Italia superior, y los austriacos alcanzaban en el Tirol triunfos más señalados aún que en el Friul. El general Chasteler había cruzado la frontera un día antes, esto es, el 9



El general Macdonald

de abril, y pasando de Carintia al Tirol se había encaminado á Lienz. Aunque tenía concertado con los promotores secretos de la insurrección tirolesa que esperasen al 12 ó 13 de abril para operar, no pudieron éstos contenerse y se pronunciaron el día 11. Verdaderamente era muy natural el motivo de esta explosión prematura: los bávaros, viéndose en la imposibilidad de disputar el Tirol á las fuerzas austriacas, habían tratado de fortalecerse con los obstáculos locales cortando los puentes, lo que no habían querido tolerar los naturales por ser esos medios de comunicación indispensables para sus montañas. Levantáronse éstos todos á la vez con grande espontaneidad, dote privativo de las más enérgicas pasiones, y el grito y el empuje fueron unánimes en aquellas altas y hermosas montañas que circundan los valles del Tirol italiano desde Lienz á Brixen, desde Merand á Brixen y desde Brixen á Rívoli. A la vertiente opuesta de la gran cordillera del Brénner, en el Tirol alemán, fué igualmente rápido y general el levantamiento. En esta región, lo mismo que en Suiza,

los más ricos é ilustrados son los hosteleros por su continuo trato con los extranjeros; y uno de estos, llamado Andrés Hófer, había llegado á adquirir sobre sus paisanos un ascendiente irresistible. Eran asimismo agentes muy activos de la sedición algunos antiguos militares del país que habían encanecido al servicio del Austria, y entre éstos se distinguía particularmente un mayor nombrado Téimer. Había exigido la Francia que se reuniese en el Isar todo el ejército bávaro, y no quedaban en el Tirol más que unos cinco mil de aquella nación, diseminados por las dos vertientes del Brénner, desde Brixen á Inspruck. En cuanto á tropas francesas, sólo había en el país unos cuatro mil reclutas que pasaban en dos columnas de Italia á Alemania á reforzar las divisiones de Boudet y Molitor, los coraceros de Espagne y los cazadores de Marulaz: eran soldados no fogeados, que formaban en cuadros provisionales de marcha y que iban mandados por oficiales de depósito la mayor parte viejos ó cansados. Así, pues, no podían encontrar gran resistencia aquellos intrépidos montañeses, que pasaban de veinte mil, llenos de entusiasmo y prácticos en el manejo del arma de fuego, reforzados con doce mil austriacos, al habérselas con cuatro ó cinco mil bávaros y tres ó cuatro mil reclutas franceses.

En efecto, al acercarse el general austriaco Chasteler, todos los puntos que tenían tomados los bávaros de Lientz á Brunecken quedaron por suyos. Los que pudieron escapar se reunieron en la llanura húmeda de Sterzing, á la extremidad del Tirol italiano, y hacia la falda del Brenner, donde fueron acometidos por Hófer y una fuerza numerosa del Merand. Envueltos por todas partes y embestidos con furia, acabaron por entregar las armas, y por el carácter que tomó aquella guerra de nacional é intestina y casi de guerra de razas, se multiplicaron en breve de un modo doloroso todos los excesos contrarios al derecho de gentes. Degollaban unos y otros á los prisioneros sin que se supiese de quiénes procedía la primera sinrazón. Los tirolese para justificarse decían que los contrarios les habían incendiado sus chozas, asesinado sus mujeres, sus ancianos y sus niños; los bávaros respondían que los tirolese les habían degollado sus prisioneros y que ellos no hacían más que defenderse. De todas maneras, á la rota de Sterzing siguieron las más atroces venganzas, y desde aquel día el Tirol italiano quedó enteramente abandonado hasta Roveredo, donde se hallaba el general francés Baraguey-d'Hilliers con una división italiana.

En aquella misma sazón la larga columna de reclutas franceses que se extendía desde Verona á Inspruck se vió cortada en dos por los insurrectos. Una parte se replegó sobre Verona, donde se puso al abrigo de todo riesgo, y la otra fué á caer por el recuesto del Brénner, esperanzada de poderse reunir en Inspruck á las avanzadas francesas. Fuéronle siguiendo el alcance Chasteler y Andrés Hófer, los cuales pasaron también el Brénner para llevar la emancipación al Tirol alemán. Pero tanto al Norte como al Mediodía del Brénner y así en el Inn como en el Adige, era el levantamiento general y violento; los destacamentos bávaros, asaltados á la vez en todos los puntos que ocupaban, eran unos degollados ó hechos prisioneros, otros repelidos á Inspruck, precisados á rendirse y á entregar aquella misma población, centro en otro tiempo de la dominación austriaca. Lle-

garon los franceses á Inspruck en el momento en que la ciudad se entregaba al enemigo, y perseguidos por las partidas victoriosas del Tirol italiano y por el pequeño ejército del general Chasteler, no pudieron defenderse por el orden de formación que llevaban y por lo mal mandados que estaban, y tuvieron que capitular los tres mil hombres que aproximadamente componían aquella fuerza: acontecimiento doblemente enojoso, porque además de que este golpe amenguaba el prestigio de nuestras armas, iban á carecer varios cuerpos de un refuerzo que los era indispensable. Tuvimos que deplorar además bárbaros tratamientos que cometieron los naturales con algunos de aquellos infelices franceses confundidos con los bávaros y que motivaron las terribles represalias que ejerció Napoleón contra el general Chasteler.

Viendo éste emancipado el Tirol alemán, creyó deber regresar con Andrés Hófer hacia el Tirol italiano para coadyuvar á las operaciones del archiduque Juan. Habiendo vuelto á Trento por el Brénner, se presentó delante de la posición que ocupaba el general Baraguey-d'Hilliers con todos los insurrectos del Tirol en masa y además siete ú ocho mil austriacos. Envuelto el general francés por los valles laterales no pudo permanecer en Trento y se replegó sobre Roveredo. Envuelto de nuevo, tuvo que replegarse sobre Rivoli, donde al amparo del ejército de Italia que estaba ocupado en su reorganización, no tenía ya que temer más serios amagos. De este modo pasaron en el término de unos veinte días á poder del enemigo los dos Tiroles, lo mismo que el Friul.

No era sólo en Italia, en el Tirol y en Baviera donde á la sazón se combatía; era en todo el Norte de Europa, donde la declaración de guerra del Austria había prendido como chispa eléctrica en todos los corazones, inspirando locas esperanzas y dando campo á prematuros deseos; porque aunque Napoleón hubiese ya cometido grandes faltas, no había aún cometido las que iban á perderle, y hasta entonces su poderoso genio era superior al rencor de los pueblos levantados contra su ambición. Todos los ánimos en Alemania estaban como hemos visto indignados contra los príncipes que se habían dejado maniatar á su carro por temor ó por interés, y aunque la dominación francesa ocultaba en sus entrañas el germen de la civilización moderna, bastaba que sus beneficios se presentasen bajo el aspecto de invasión extraña para que fuesen rechazados.

No sucedía así en Baviera, donde una antipatía inveterada contra el Austria, fundada en la mera vecindad, había atenuado en gran manera estos sentimientos; pero en la Suabia, en las provincias que habían sido en otro tiempo austriacas, en Franconia, en los pequeños Estados substraídos á la autoridad paternal de los príncipes eclesiásticos; en la misma Sajonia, donde la incorporación de una corona polaca sólo halagaba á la familia reinante; en Hesse, por último, donde reinaba Jerónimo Napoleón, el odio en un principio reprimido empezaba á estallar con la noticia de la atrevida empresa del Austria. A medida que distaba más del Rhin y del alcance de la Francia, tomaba más cuerpo el atrevimiento y se convertía en demostraciones hostiles. Ya numerosas partidas de insurgentes habían bajado de las montañas del Hesse á las orillas del Elba, y se ha-

bían acercado hasta las puertas de Magdeburgo, como aparentando esperar algún pronunciamiento repentino de parte de la Prusia, de la cual se prometían un patriótico y vigoroso esfuerzo.

En Prusia, efectivamente, había llegado la exasperación á su colmo, porque esta nación sufría además de los agravios comunes á todos los alemanes, otros que

manera más cruel. En Berlín se había anunciado paladinamente la guerra del Austria antes de que fuese declarada; anuncióse también desde su principio que sería feliz, que el mundo entero coadyuvaría á su buen éxito, y que aun cuando Federico Guillermo, que se mostraba desalentado y abatido, se negase á secundar la guerra, todos sus súbditos volarían á pesar suyo á re-



El mayor Schill

le eran enteramente personales. Ella era la que había perdido aquellas famosas batallas en que la independencia alemana había hallado su tumba; ella había visto desmembrar la monarquía de Federico el Grande y eclipsada momentáneamente su gloria; y si á los padecimientos morales había de agregar para mayor daño otras penas materiales y positivas, bastábale recordar que se hallaba agobiada con las más exorbitantes contribuciones militares como prueba dolorosa de la dominación extranjera que sufría. Esto hizo que la audacia subiese más de punto en Prusia que en todos los demás países. Un convoy francés de artillería que había partido de las orillas del Vístula para encerrarse en Magdeburgo, fué asaltado, insultado y tratado de la

cibir á los ejércitos austriacos. A tal punto se llevó la osadía, que en cuanto comenzaron las primeras operaciones, el comandante militar de Berlín, sin esperar á su resultado, dió á su guarnición por santo y seña: *Carlos y Ratisbona*.

Había en Berlín un oficial muy conocido con el nombre de mayor Schill, que en los años 1806 y 1807 había hecho contra nosotros con fortuna guerra de partidario durante los sitios de Danzig, de Colberg y de Stralsund. Tenía á sus órdenes algunos jinetes y formaba parte de la guarnición de Berlín. Su ponderado valor y su público odio á los franceses le habían hecho el ídolo del pueblo; él era el designado por la pública voz para enarbolar el estandarte de la rebelión en nom-

bre del patriotismo alemán y servir de apoyo á un príncipe de la casa de Brunswick, el que á la sazón recorría á la Sajonia y la Silesia embaucando por todas partes á los oficiales prusianos ociosos y atrayéndolos hacia Bohemia para formar allí guerrillas germánicas. No de otro modo se había propagado el fanatismo de los españoles á todos los cerebros y creíase poder convertir á los flemáticos y pacíficos alemanes en partidarios aventureros, ágiles como los contrabandistas de la península. En medio de aquella general exaltación súpose una noche de repente que el mayor Schill, á quien todos habían visto en los últimos días pasar revistas á su cuerpo y continuarlas hasta una hora muy avanzada había desaparecido á la cabeza de los quinientos jinetes que componían la caballería de la guarnición. Suponíasele marchando hacia el Elba para reunirse á un gran levantamiento verificado en el Hesse y dirigirse en seguida al encuentro de los austriacos que iban avanzando hacia Sajonia. Este acontecimiento produjo como era natural una sensación extraordinaria, obstinándose todos en mirar como cómplice al gobierno prusiano; sin embargo se equivocaban: aquella erupción de ardimiento nacional había ocurrido á pesar suyo. Los ministros, consternados, acudieron á la embajada de Francia protestando contra aquel hecho, demostrando una sincera pesadumbre y declarando que ellos eran completamente extraños á una conducta tan imprudente como criminal; afirmando con verdad que el rey no tenía en ella la menor parte y anunciando que se iba á proceder con el mayor rigor contra unos hombres que de tal manera comprometían al gobierno de su patria. Pero mientras estaban dando estas satisfacciones la infantería, imitando la conducta de la caballería, dió la misma prueba de insubordinación y muchas compañías se fueron enteras detrás del mayor Schill. Desgraciadamente no era posible perseguir á aquellos soldados sin disciplina, porque el mayor se había llevado toda la caballería que había en Berlín, y era forzoso esperar la llegada de otras tropas más subordinadas y mejor mandadas que obedeciesen las órdenes de su gobierno, cualesquiera que fuesen, porque es sabido que no le incumbe al ejército decidir de la política interior de un país. Pero entretanto estos hechos singulares iban á producir en Alemania una sensación general que sólo los ruidosos triunfos de Napoleón podían calmar.

Ocurrían en la tierra que baña el Vístula acontecimientos no menos graves. El séptimo cuerpo austriaco, mandado por el archiduque Fernando y que constaba de treinta y siete á treinta y ocho mil hombres, avanzaba sobre Varsovia siguiendo la corriente de aquel río. Fernando en la Galitzia y habiendo emprendido su marcha con anticipación como todos los cuerpos austriacos, tenía poco camino que andar para invadir la Polonia. Comenzaron sus operaciones lo mismo que las de Alemania é Italia el día 10 de abril. El príncipe José Poniatowski, héroe largo tiempo adormecido en la molición, y encadenado por el ocio como muchos de sus conciudadanos á los pies de las hermosas mujeres de su país, acababa de sacudir el sueño al fragor de las armas francesas, y abrazó, como se recordará, la causa de Francia, que creía con razón ser la causa de la Polonia si ésta era capaz de regeneración. Mandaba, pues,

el ejército polaco. Pocos cuidados había consagrado Napoleón á este ejército en su preocupación de disponer los grandes escarmientos con que quería humillar personalmente á la casa de Austria; así que todas las tropas regulares que se habían podido reunir se reducían á unos quince mil hombres y á un pequeño destacamento sajón que quedaba en Varsovia. No daba cuidado á Napoleón la inferioridad de las fuerzas de la Polonia, porque confiaba en decidir personalmente la campaña en Viena; y aunque no se hacía grandes ilusiones sobre la cooperación del ruso, creía, no obstante, que su presencia en las fronteras del gran ducado bastaría para tener á raya al cuerpo austriaco del archiduque Fernando. Pero la cooperación de los rusos era todavía más nula de lo que se había creído; el emperador Alejandro, al observar del tratado de alianza aquello que meramente exigía el decoro, había tenido gran cuidado en enviar sus principales fuerzas á Finlandia y Moldavia, para acabar la conquista de aquella y empezar la de ésta; por lo tanto no había destinado á la guerra de Austria más que unos sesenta mil hombres, que á la sazón apenas estaban reunidos, por diversas razones, la mayor parte asaz fundadas, pero que daban campo á malas interpretaciones. En primer lugar, la Rusia se había engañado lo mismo que Napoleón figurándose que las hostilidades no empezarían tan pronto, y por consiguiente no había tratado de activar sus aprestos; en segundo lugar, su administración, para la cual había sido tan costoso poner las fuerzas suficientes en la Finlandia, á pesar de lo mucho que esto interesaba á la Rusia, no había juzgado necesario proceder con mayor actividad tratándose de intereses exclusivamente franceses. Además la estación había sido crudísima, y las inmensas distancias que separan el Niemen del Vístula habían quedado casi intransitables con las continuas y grandes lluvias. Por último el emperador y Mr. de Romanzoff, ya muy resfriados con respecto á la alianza francesa, eran sus únicos adictos, y cuando se trataba de prestar auxilios á Napoleón tenían que luchar solos contra todas las voluntades para hacerse obedecer. Entre los oficiales rusos y austriacos habían llegado á establecerse relaciones, en que estos últimos se llevaban todas las simpatías y los más ardientes votos de entrar en campo, no contra ellos, sino con ellos. Difícil era en efecto conseguir que los rusos marchasen contra los austriacos con los franceses para contribuir á la restauración de la Polonia. Verdad es que el pago de esta cooperación era nada menos que la Finlandia, la Valaquia y la Moldavia, y que si grande era el sacrificio, también la recompensa era grande. Sin embargo, la cooperación de los rusos no urgía mucho mientras Napoleón continuase triunfante en el Danubio, y el inconveniente más deplorable de esta insuficiencia de medios era la desconfianza que de ella iba á resultar entre los dos emperadores y los dos imperios.

Esto explica por qué el príncipe Poniatowski, que tenía motivos para confiar si no en la asistencia directa de sesenta mil rusos, por lo menos en su intervención indirecta (pues es indudable que si los rusos se hubiesen dirigido á la Galitzia habrían contenido á los austriacos), se encontró el día 10 de abril con que le venía encima el archiduque Fernando, así como acometían á Napoleón el archiduque Carlos, y el archiduque Juan al prin-

cipe Eugenio. En efecto, el archiduque Fernando que acababa de bajar por el Vístula, cuyo doble nacimiento tiene lugar entre la Silesia y la Galitzia, allende los montes que separan de estas provincias á la Moravia, avanzó por la margen izquierda de este río sobre Varsovia, prodigando á los naturales las más amistosas protestas. Usando del lenguaje ya convenido, iba, decía, á libertar á todos los pueblos, y entre ellos á los polacos, de un yugo casi tan oneroso á sus aliados como á sus enemigos. No era fácil engañar á los polacos con semejantes discursos, porque conocían demasiado bien que los antiguos partícipes en la desmembración de su patria no podían ser sus libertadores; que sólo la Francia podía ser su amiga sincera, más ó menos generosa sin duda alguna, pero al cabo amiga que no podía dejar de serlo. Convencido de esto, salió resueltamente el príncipe Poniatowski con unos doce mil hombres al encuentro del archiduque Fernando; llevaba los mismos polacos que en 1807 habían hecho su estreno con nosotros, y que juntando á su natural bravura y á su ferviente patriotismo un principio de educación militar recibido en nuestra escuela, componían ya una tropa excelente para habérselas con los austriacos. Por desgracia eran con respecto á éstos tan inferiores en número, que apenas podía esperarse de ellos una defensiva honrosa y eficaz, cuanto menos una ofensiva victoriosa. Después de unas cuantas escaramuzas de caballería, resolvió el príncipe Poniatowski disputar los apaches de Varsovia con el grueso de sus tropas. El 19, día mismo en que el mariscal Davout daba la acción de Tengen, el príncipe polaco se detuvo en la posición de Raszyn, que, como todas las que son susceptibles de ventajosa defensa en aquel país, estaba formada de bosques entrecortados por pantanos. Ocho horas seguidas estuvo disputando aquellos bosques encharcados con doce mil polacos á treinta mil austriacos, y perdió cerca de mil doscientos ó mil quinientos hombres entre muertos y heridos, pero causó mucha mayor pérdida al enemigo; mas temiendo que se le anticipase en Varsovia, retrocedió á esta capital.

¿Era preferible defenderla, privada como estaba de medios de resistencia, y exponerla á una destrucción infalible? ¿O sería mejor evacuarla de resultas de un convenio que moderase los rigores de una ocupación enemiga, y permitiese retirarse sin detrimento á otras posiciones más fáciles de conservar? Tal era el grave y doloroso conflicto en que el príncipe Poniatowski se hallaba después de la acción de Raszyn. Los polacos de mayor entereza querían una defensa á muerte sin que se tomasen en consideración las consecuencias. Las masas inofensivas tenían los horrores del vencimiento. Los patriotas más ilustrados, y no por cierto los menos valientes, querían que se fuese á ocupar el triángulo que forman el Narew y el Vístula, entre Modlin y Sierock, defendiéndose con las poderosas fortificaciones que se habían construido por orden de Napoleón; que se buscara desde allí un punto de apoyo inaccesible teniendo segura la retirada por los pantanos de Pultusk y que se salvase la capital entregándola provisionalmente en manos del enemigo. Muy raras veces es prudente un sacrificio de tanta monta; pero á la sazón lo era, y así lo probó el resultado. El príncipe Poniatowski, con el corazón traspasado de dolor entregó á

Varsovia después de haber ajustado varias honrosas condiciones. Encaminóse por la orilla derecha del Vístula entre Modlin y Sierock con el objeto de acometer á todos los cuerpos que se atrevieran á pasar el río á su presencia, y firmemente resuelto á defender por medio de combates parciales la patria infortunada, á la cual no podía ya defender en batallas campales. Su actitud y su noble lenguaje al hacer tamaño sacrificio, lejos de resfriar el celo patriótico de los polacos, contribuyó mucho á exaltarlo; de manera que todos acudían á él á ofrecer sus personas para ayudarle á recobrar la capital que acababa de abandonar momentáneamente á los austriacos.

En Italia, pues, estábamos repelidos sobre el Adige; en el Tirol nos veíamos acometidos por todas partes; en Alemania las poblaciones exasperadas nos amenazaban y colmaban de insultos; en Polonia por último perdían nuestros aliados la capital que les había restituido el tratado de Tilsit. Todas estas noticias llegaron, como de sorpresa y para conturbarle, á Napoleón triunfante en Ratisbona. Había confiado poco en la cooperación de los rusos, y bastábale que viese la Europa que estaba de su parte y no con los austriacos, lo cual no podía ponerse en duda atendida la marcha, siquiera lenta, que había emprendido su ejército. Por lo tocante al gran ducado de Varsovia, como sabía que en Viena podría á sus anchas confirmar ó volver á la nada todos los Estados de su última creación, importábale muy poco que quedase con los otros en pie ó se desmoronase en su marcha victoriosa sobre la capital; pero afectáronle algo más los acontecimientos de Italia, porque dejaban descubierto su flanco derecho, exponían á sus Estados en aquella región á los horrores de la guerra, y por último empañaban la gloria incipiente de su hijo adoptivo, á quien tan tiernamente amaba. Ocurrió una circunstancia particular que convirtió su disgusto en verdadera cólera: el príncipe Eugenio, que temía más á su padre adoptivo que la mala opinión del mundo entero, no atreviéndose á darle cuenta minuciosa de sus derrotas, se había limitado á escribirle lo siguiente: *Padre mío, necesito recurrir á vuestra indulgencia. Temeroso de vuestra censura si retrocedía, he aceptado la batalla y la he perdido.* No acompañaba á estas palabras la más leve explicación por donde se pudiera venir en conocimiento del estado de las cosas, y este silencio se prolongó por varios días, poniendo en graves dudas á Napoleón, que no sabía cuáles habían sido sus pérdidas, qué progresos había hecho el enemigo en Italia, y qué clase de peligros amagaban á su flanco derecho durante su marcha sobre Viena. «Te has dejado vencer, le respondió Napoleón en varias cartas; te has dejado vencer, ya lo sé: no debí esperar otra cosa al nombrar general á un hombre sin experiencia, prefiriéndole á los príncipes de Baviera, Sajonia y Wurtemberg, á quienes pude haber confiado el mando de sus propios soldados. No me importan tus pérdidas, yo enviaré fuerzas para repararlas; tampoco me importan las ventajas que puede haber alcanzado el enemigo, yo sabré neutralizarlas. Pero para esto mismo necesito saber primero lo que ha pasado, y nada sé. Me veo precisado á buscar en los boletines extranjeros la verdad que tú debías haberme dicho. Estoy haciendo lo que jamás he hecho y lo que debe repugnar más que nada á todo